De Caos y Deca Caos

Teatro La Candelaria en El Carmen de Viboral:

UN GESTO NOBLE

Por: Ramiro Tejada. (especial para El Periódico de Oriente)

En su versión doce este Festival de Teatro de El Carmen de Viboral, El Gesto Noble, puede decirse que ya tiene historia, es referente del país teatral, de ahí la vinculación del Teatro La Candelaria, de Bogotá, que en esta oportunidad ha traído de su repertorio de la Creación Colectiva, De Caos y Deca Caos, una obra sobre la clase gobernante, en clave de caos. En forma ambivalente se usa aquí el término, con mucha ironía se parodia el ejercicio de poder en sus facetas de lo público y lo íntimo, que degeneran en caos, lo caótico de la realidad nacional generado por lo autoritario (que no la autoridad). Y desde el asunto artístico la teoría del caos y el principio de incertidumbre, retomados de la física cuántica, como herramientas de utilidad múltiple para acercarse en lo formal.

Al principio fue el caos, se relata en el génesis, y así la obra de arte nace de ese caos, en el teatro de la Creación Colectiva, cuarenta años de experiencia escénica con sus dos pilares: Enrique Buenaventura (autor de la frase que da nombre al festival, fundador del TEC de Cali, quien ha dejado su legado en plena ebullición y Santiago García, director de La Candelaria, adalid del proceso, el caos se resuelve como punto de partida del devenir de la obra. Se han propuesto un tema, mirar a la burguesía (Los Cacaos), la clase dirigente, dueños de los bienes productivos, hacendados, terratenientes, empresarios, políticos, dueños de periódicos (en otro tiempo el cuarto poder) el gremio, como quien dice, todo un ente que ha sobrevido gracias a su propia estructura de poder, guardaespaldas, ejércitos privados, compañías de vigilancia privada…

Y así, en esta pieza se genera la atmósfera de cierto terror encubierto, de cierta esfera de poder que somete a la fuerza, vigilantes a sueldos que con sus radioteléfonos entronizan ese otro caos de los ciudadanos… convidados al festín, pero sin tocar y sin que les toque del ponqué, talvez migajas. Una narradora como de feria nos introduce en el asunto, y nos invita a no atar cabos sueltos, pues la pieza se rige por el caos, sucesión de cuadros, aparentemente inconexos, que recorren esa esferas de poder en su salsa… de cómo al interior de la pareja burguesa campea la hipocresía, la infidelidad, el odio, de puertas para adentro, cuando en la apariencia, en lo formal todo es armonía (lo contrario al caos). Este es el quid de la pieza, develar ese otro orden, o si se quiere, ese otro lado del espejo, desmontar las claves de poder, encubierto, más allá de lo visible. Pone el dedo en la llaga, esas miserias cotidianas de los poderosos de todos los pelambres, y lo hace recurriendo la humor, lo grotesco de las situaciones, un abuelo en sus últimos estertores es acusado de pederastia por su sobrina, se muestra el trasfondo de los grandes negociado, de las violaciones de las propias mujeres, los vejámenes de los excesos de poder, la doble moral en sus asuntos públicos, toda la variopinta gama del entramado de poder, las exclusiones y las discriminaciones y también la pose, las imposturas, las verdades ocultas.

En el entramado de la creación las piezas se suceden sin solución de continuidad, todo ese devenir escénico, sin trampas, que pone al actor, lo mejor de sus recursos y sus *gags* humorísticos, su *vix cómica*, al servicio de la obra. Se diría que en ese principio de incertidumbre de la creación colectiva, radica la fuerza de la pieza, porque el actor/bailarín, la actriz/danzante resuelven los cambios de escena para dar marcha a otra historia, desde la mecánica, (o bimecánica de Meyerhold) su yo orgánico al servicio de la obra, desdoblamiento, actor/personaje, multiplicidad, riqueza de matices y versatilidad al punto de inundar el escenario de personajes, unos cuantos actores y actrices, con un rigor sorprendente se comunica lo verosímil de la acción dramática. En lo formal, la obra se regodea en esa atmósfera de disimulada cortesía, trajes impecables, levitas y sacolevas, fracs y smoking, trajes de gala que engalanan a ciertas damas en su corte inglés. Y no queda títere con cabeza, la farsa de la "clase dirigente", su cierto olor a podrido, ha sido descifrada con maestría por La Candelaria. Y así, la creación colectiva goza de buena salud.